

Lewis Carrol

El juego de la lógica y otros escritos

Selección, traducción y prólogo
de Alfredo Deaño



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Symbolic Logic (selección); A Logical Paradox; What the Tortoise Said to Achilles*

Primera edición: 1972
Tercera edición: 2015
Cuarta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: «La multiplicación es una frustración», grabado
© Bettmann / Corbis / Cordon Press
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la selección, traducción y prólogo: Herederos de Alfredo Deaño
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1972, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-8791-9
Depósito legal: M. 4.846-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Prólogo. Aventuras de Lewis Carroll en el País de la Lógica
- 31 Lógica simbólica
- 33 Introducción para estudiantes
- 37 Libro I. Las cosas y sus atributos
- 47 Libro II. Las proposiciones
- 61 Libro III. El diagrama biterminal
- 81 Libro IV. El diagrama triterminal
- 97 Libro V. Los silogismos
- 111 Libro VI. El método de los subíndices
- 131 Libro VII. Los sorites
- 141 Libro VIII. Ejercicios con respuesta
- 152 Apéndice dirigido a los profesores
- 165 Una paradoja lógica
- 173 Lo que la Tortuga le dijo a Aquiles

- 183 Notas
- 187 Cuadro cronológico

Prólogo

Aventuras de Lewis Carroll en el País de la Lógica

Si así fue, así pudo ser; si así fuera,
así podría ser; pero como no es, no es.
Eso es lógica.

TWEEDLEDEE, en *Through the
Looking Glass*, cap. IV.

1. Acerca del carácter neurótico de la lógica de Charles Carroll

Es posible que quienes hayan leído sólo por encima a Lewis Carroll se sientan sorprendidos al recibir la noticia de que Lewis Carroll escribió libros de lógica.

¿Cómo es que Lewis Carroll escribió libros de lógica? Trataremos de demostrar que era lógico que lo hiciera. Para lo cual es menester formular esa pregunta de otro modo. De este modo: ¿qué sentido tiene la obra lógica de Carroll?

Antes de nada, ¿quién era Lewis Carroll? ¿Quién era ese hombre capaz de interesar a la vez a los filósofos analíticos y a los surrealistas, a los poetas dadaístas y a los lógicos formales, a Russell y a Breton, a Artaud y a Strawson, a Deleuze y a Eddington, a Ryle y a Cortázar?

Lewis Carroll era, en realidad, Charles Lutwidge Dodgson: hijo de un pastor protestante; habitante, durante cuarenta y siete años, de la Universidad de Oxford, pri-

mero como estudiante y luego como profesor de matemáticas; profesor de lógica en Lady Margaret Hall y en la High School de Oxford; hombre de vida ordenada, casta, apacible; burgués británico de la segunda mitad del siglo XIX; diácono de la Iglesia de Inglaterra, a pesar de que no creía en el castigo eterno de los pecadores; remilgado, altivo, impoluto, profundamente aburrido en clases y reuniones; muerto víctima de las corrientes de aire que en vida tanto había combatido; autor de algunos libros que llevan estos títulos: *Fórmulas de trigonometría plana*, *Tratado elemental de los determinantes*, *El libro V de Euclides tratado de un modo algebraico, en cuanto hace relación a magnitudes conmensurables*, etc.

O bien: Lewis Carroll era, en realidad, Lewis Carroll: domesticador de serpientes y sapos; prestidigitador; editor, siendo niño, de revistas manuscritas para niños; zurdo (según algunos testimonios), tartamudo, bello, sordo de un oído; inventor de cajas de sorpresas, de rompecabezas, de aparatos inútiles; insomne; entusiasta de las bicicletas en su juventud y de los triciclos en su madurez¹; creador de juegos de palabras incluso en idiomas que no conocía, como cuando dijo *I am fond of children (except boys)*, que en inglés no es un juego de palabras, pero sí en castellano: «Me gustan los niños, a excepción de los niños»; excelente fotógrafo, sobre todo de niñas vestidas y desnudas; autor de poemas como éste:

Creía ver un Elefante,
un Elefante que tocaba el pífano;
mirando mejor vio que era
una carta de su esposa.

«¡De esta vida, finalmente –dijo–
siento la amargura!»

Creía descubrir un Búfalo
instalado sobre la chimenea;
mirando mejor vio que era
la sobrina de su cuñado.
«¡Sal de aquí –dijo–
o llamo a la policía!»

Creía ver una Serpiente de cascabel
que le interrogaba en griego;
mirando mejor vio que era
la mitad de la próxima semana.
«¡Lo único que siento –dijo–
es que no pueda hablar!»

Creía ver una Inferencia
demostrando que él era el Papa.
Mirando mejor vio que era
un pedazo de jabón de mármol.
«¡Dios mío –dijo–, un hecho tan funesto
destruye toda esperanza!»²;

*inventor de un nuevo método de adición, de acuerdo con
el cual, para sumar $2 + 1$ habría que hacer lo siguiente:*

Tomamos Tres como base del razonamiento que hacemos...
Un número apropiado para comenzar...
Le sumamos Siete, y Diez, y lo multiplicamos todo
por Mil menos Ocho.

El resultado que obtenemos lo dividimos, como ve,
por Novecientos Noventa y Dos;
le restamos Diecisiete, y la respuesta debe ser
exacta y perfectamente justa³.

Un resumen inocuo de todo lo anterior lo constituiría el decir que hay dos Carroll; un Carroll circunspecto y un Carroll excéntrico. O, para expresarlo con mayor rigor, que hay una sola persona bifurcada en otras dos: Charles Lutwidge Dodgson, por una parte, y, por otra parte, Lewis Carroll. Conviene que encontremos un nombre para referirnos a esa persona escindida. Utilizando la técnica carrolliana de las palabras-maletín –dos o más palabras incrustadas en una sola, como *snark* («serprón»), cruce de *snake* («serpiente») y *shark* («tiburón»)–, podríamos nombrarla de diversos modos. Se trata, en efecto, de entretejer estos nombres:

Charles Dodgson
Lewis Carroll

lo cual nos da varias posibilidades. Por ejemplo:

Charwis Dodgrrroll
Lewrles Carrson
Leslew Soncarr
Wischar Rolldodg

Ahora bien: es posible –y, tratándose de Carroll, deseable– complicar algo más las cosas e introducir un nuevo elemento que a Lewis Carroll, autor de cartas es-

critas al revés, le resultaría particularmente grato: la inversión. Con lo cual tendremos

Selrach Nosgdod
Siwel Llorrac

Y estas combinaciones posibles, entre otras:

Selwell Nosrrac
Sirach Llogdod

Rachsiw Dodglllo
Welsel Rachnos

Si además de invertir el orden de las letras dentro de cada palabra invirtiéramos el orden de nombre y apellido, y si invirtiéramos asimismo el orden de las sílabas dentro de cada palabra, o bien si prefiriéramos, por ejemplo, entremezclar las letras en lugar de las sílabas, se abriría ante nosotros un vastísimo campo de experimentación a la vez útil y agradable. Limitaciones de espacio nos impiden desarrollar como quisiéramos todas estas apasionantes posibilidades. Pero, después de todo, tal vez sea más sencillo limitarse a combinar los nombres enteros, y hablar de «Charles Carroll» para designar al hombre que escribió sobre trigonometría y sobre sueños.

Algunos autores se han limitado a señalar esa escisión y a buscar sus causas. Así, Chesterton, en su defensa del sinsentido, afirma que Edward Lear –autor de un *Book of Nonsense* publicado en 1846– le parece superior a

Lewis Carroll. Y ello porque, según Chesterton, para Carroll era más fácil –era, en rigor, inevitable– recurrir al sinsentido. Un hombre como él, con una vida de inhibición como la suya, fatalmente habría de evadirse a otro mundo para sobrevivir. En esa necesidad de evadirse ve Chesterton la fuente de la nueva literatura de la sinrazón. Edward Lear, en cambio, no era un inhibido que sublimaba: era un ciudadano del mundo del sinsentido, instalado en él a sus anchas, y nada más. Para Carroll el mundo del sinsentido era sólo la mitad de su mundo. La otra mitad era Oxford, la Iglesia de Inglaterra, las clases de matemáticas. «El país de las maravillas de Carroll es un territorio poblado por matemáticos locos.»⁴

En esto mismo insiste André Breton:

El sinsentido en Lewis Carroll extrae su importancia del hecho de que constituye para él la solución vital de una profunda contradicción entre la aceptación de la fe y el ejercicio de la razón, por una parte. Por otra parte, entre una aguda conciencia poética y los rigurosos deberes profesionales. La particularidad de esta solución subjetiva es el doblarse en una solución objetiva, precisamente de orden poético: el espíritu, ante cualquier clase de dificultad, puede encontrar una salida ideal en el *absurdo*⁵.

Otro tanto afirma Martin Gardner, autor de una magnífica edición anotada de *Alicia*: «El último nivel de metáfora en los libros de *Alicia* es éste: que la vida, vista racionalmente y sin ilusión, aparece como un cuento carente de sentido relatado por un matemático idiota», señalando más adelante que *Alicia en el país de las mara-*

villas y *Al otro lado del espejo* fueron escritos por el reverendo C. L. Dodgson «durante una vacación mental»⁶.

Pero Charles Carroll no sólo practicaba el sinsentido en vacaciones, sino también durante el curso. Hay, ciertamente, un Charles Dodgson bien pensante, profesor de matemáticas y autor de libros bien pensados sobre la materia; y hay también un Lewis Carroll librepensador y librecreador que escribe literatura demencial. Hay un hombre que sabe distinguir entre lo necesario y lo libre, pero que se ve obligado a someterse a lo necesario y huir hacia la libertad en ratos libres. Hay un Charles Dodgson encadenado y un Lewis Carroll evadido. Pero ¿no hay nada entre ellos? ¿No hay ninguna tierra, ninguna tierra de nadie, en la que puedan encontrarse?

Pensamos que sí la hay. Y pensamos que ese lugar donde ambos se encuentran es el lugar de la lógica. Las obras matemáticas las firmaba «Charles L. Dodgson». Las obras de imaginación y los libros de lógica los firmaba «Lewis Carroll». Pero quizá —si hubiera sido «consciente»— los libros de lógica debiera haberlos firmado «Charles Carroll». Porque Lewis Carroll no se limitó a evadirse. También presentó batalla. Y esa batalla revistió la forma de un intento de introducir el sinsentido en el seno de la lógica misma. En sus libros de lógica se anudan el Dodgson matemático y el Carroll neurótico, y lo que resulta es la lógica neurótica de Charles Carroll. Después de leer algunos de los ejemplos de silogismos y sorites que Carroll nos ofrece, el lenguaje de los surrealistas, pongamos por caso, acaba casi pareciéndonos al de Rudolf Carnap, pongamos también por caso.

Ciertas filosofías habían venido a decirnos en resumidas cuentas que no conocemos de los objetos más que lo que ponemos en ellos. Hoy sabemos incluso más. Sabemos que ponemos en las cosas más de lo que sabemos que ponemos. De esto da el propio Carroll testimonio: «He recibido a menudo cartas corteses de extranjeros que querían saber si *La caza del snark* es una alegoría o contiene alguna moraleja oculta o constituye una sátira política; y para todas las preguntas de ese tipo tengo una sola respuesta: ¡*No lo sé!*». Y en una carta a un amigo es todavía más explícito sobre este punto: «Las palabras no significan sólo lo que hemos tenido intención de expresar al emplearlas: de manera que la significación de un libro debe ciertamente rebasar las intenciones del autor»⁸. Estas observaciones de Carroll acerca de *La caza del snark* pueden naturalmente hacerse extensivas a toda su obra, incluida su obra lógica.

¿Qué puso Charles Carroll, sin saberlo, en sus libros de lógica?

Se suele concebir la lógica como la ciencia de los principios de la inferencia formalmente válida. Se suele pensar también que pensamiento y lenguaje son de hecho inseparables –al menos en el adulto, ya que otra cosa parecen pensar del niño autores como Piaget–, de tal modo que la validez formal de las inferencias sólo es controlable a través de su inevitable formulación en el lenguaje. Parece, por tanto, que la lógica ha de ser –en un determinado sentido y entre otras cosas– la ciencia de las leyes del lenguaje, la ciencia de las leyes del uso sensato del lenguaje. Ahora bien: Charles Carroll escribió libros de lógica –libros sobre la cordura en el empleo del lenguaje– y, al mis-

mo tiempo, fue autor de obras en las que las palabras⁹, lejos de ser traídas de su uso metafísico a su uso cotidiano, como querrá hacer el segundo Wittgenstein¹⁰, son llevadas de su uso ordinario a un uso onírico, trastornado. Algo dirá en sus libros de lógica, o algo se mostrará en ellos que manifieste esa tensión.

Repitamos la pregunta que al principio hacíamos: ¿Cuál es el sentido de la obra lógica de Carroll? A la vista de lo que hemos dicho parece que ha de tratarse de una obra fronteriza, crucial, de una obra-maletín en la que se dan cita y se inmiscuyen Charles Dodgson, profesor de matemáticas, y Lewis Carroll, teórico de manicomios.

Jean Gattégno, introductor de la obra lógica de Carroll en francés, hace un intento de encontrar la articulación que une la lógica con la antilógica en la obra de Charles Carroll. «La obra fantástica de Carroll representa simplemente el muestrario de trampas y de dificultades en que caemos cuando no observamos las reglas y leyes formuladas por la obra lógica.»¹¹

Así pues, según Gattégno, *Alicia* y *Al otro lado del espejo* no serían sino el repertorio de los errores y perplejidades a que el lenguaje nos conduce cuando no lo usamos con cuidado. Y *El juego de la lógica* y *Lógica simbólica* serían libros de profilaxis, libros destinados a enseñarnos los cuidados que debemos procurar al lenguaje en evitación de que el lenguaje nos vuelva locos.

Vemos entonces más claramente que Carroll no nos ofrece en sus obras «ligeras» una respuesta a las obras lógicas «serias», sino simplemente una confirmación de estas últimas.

Aquí está la gran continuidad entre Carroll y Dodgson, entre el autor de relatos para niños y el lógico matemático. Ambos comparten una gran preocupación que traducen, a su manera, para cada uno de sus públicos: la comunicación entre los seres¹².

Es llamativa la semejanza entre un Carroll así interpretado y el segundo Wittgenstein, el cual ha dejado dicho lo siguiente: «La filosofía [en Carroll, la lógica] es una lucha contra el embrujamiento de nuestra inteligencia por el lenguaje»¹³.

Efectivamente, hay textos de Carroll –cuando habla, por ejemplo, de las falacias, del modo de evitarlas y de los beneficios que de ello se derivarían¹⁴– que abonarían la interpretación de Carroll como una especie de ilustrado, como alguien para quien el problema de la confusión es un problema puramente lógico y no también ideológico. Como alguien que piensa que si habláramos con claridad y sin ambigüedades el mundo iría mucho mejor. Pero no nos satisface esta interpretación.

Lo que nosotros negamos es que las obras lógicas de Carroll pertenezcan al grupo de sus obras «serias». Y ello independientemente de lo que Carroll pensara de ellas. En el Prefacio a la cuarta edición de su *Lógica simbólica*, Carroll afirma que su intención es «popularizar este tema fascinante», hacer accesible la lógica a los jóvenes estudiantes proporcionándoles así una fuente de goce intelectual. Los editores franceses de su obra aceptan la interpretación que el propio Carroll da de ella, respetan las intenciones conscientes de Carroll. Por eso titulan su antología «La lógica sin esfuerzo».

Pero ya sabemos –Carroll mismo lo sabía– que una obra no tiene solamente –o no tiene por qué tener tan sólo– el sentido que su autor haya querido atribuirle.

Wittgenstein, el primer Wittgenstein, elaboró en su *Tractatus Logico-Philosophicus* una distinción profunda y útil: la distinción entre «decir» y «mostrar». Hay algo que el lenguaje dice y hay algo que se muestra en el lenguaje. Wittgenstein –para decirlo brevemente– pensaba a la sazón que el mundo es la totalidad de los hechos (*Tractatus*, 1.1) y que las proposiciones –cuya totalidad constituye el lenguaje (*Tr.*, 4.001)– son pinturas de los hechos (*Tr.*, 4.06). Las proposiciones nos dicen que las cosas son de una determinada manera y al mismo tiempo muestran su forma lógica común con la del hecho que representan. Ahora bien: «las proposiciones no pueden representar la forma lógica: está reflejada en ellas» (*Tr.*, 4.12). Porque «nosotros no podemos representar por medio del lenguaje aquello que se expresa en el lenguaje» (*Tr.*, 4.121). En frase lapidaria: «Lo que puede ser mostrado no puede ser dicho» (*Tr.*, 4.1212). Lo que se muestra en el lenguaje no puede ser dicho en él. Sabemos que Bertrand Russell –precisamente en la Introducción al *Tractatus*– y luego sobre todo Tarski y Carnap desplazaron este problema al infinito mediante la llamada «teoría de la jerarquía de los lenguajes» o teoría de la distinción entre un lenguaje y su metalenguaje. Lo que se muestra en un lenguaje puede ser dicho en su metalenguaje. Y lo que en este metalenguaje se muestra puede ser dicho en un nuevo metalenguaje. Y así sucesivamente hasta siempre.

La distinción entre decir y mostrar la vamos a usar aquí de un modo analógico. Una cosa es lo que Carroll

dice en sus obras y otra cosa es lo que estas obras muestran. Y lo que las obras lógicas de Carroll muestran es la contradicción entre la exposición rigurosa de una ciencia que es la ciencia del sentido, y la filtración, desde lo subterráneo hasta la superficie, de la corriente del sinsentido. La lógica de Carroll muestra por lo menos dos cosas: que la lógica, obedecida hasta sus últimas consecuencias, lleva a la locura; y que la transgresión de los principios lógicos constituye una purificación, una cura de sueño. Lógica masturbada, por una parte, y violación de la lógica, por otra.

De lo primero tenemos dos ejemplos en *Al otro lado del espejo*. Es un diálogo entre Alicia y el Caballero Blanco:

–Permítame –dijo el Caballero con tono de ansiedad– que le cante una canción.

–¿Es muy larga? –preguntó Alicia, que había tenido un día poéticamente muy cargado.

–Es larga –dijo el Caballero–, pero es muy, *muy* hermosa. Todo el que me la oye cantar, o bien prorrumpe en llanto, o bien...

–¿O bien qué? –dijo Alicia al ver que el Caballero se había callado de repente.

–O bien no prorrumpe.

He aquí una aplicación inexorable del principio lógico de tercio excluso.

Sin embargo, no contento con lo anterior, el Caballero Blanco se entrega de inmediato a una enloquecida jerarquización de lenguajes.

–El nombre de la canción se llama «*Haddock's' Eyes*».

–Así que ése es el nombre de la canción, ¿no? –preguntó Alicia, que comenzaba a sentirse interesada.

–No. Veo que no me entiende. Así es como *se llama* el nombre. El nombre en realidad es «*The Aged Aged Man*».

–Entonces lo que tendría que haber dicho –dijo Alicia corrigiéndose– es que así es como se llama la *canción*, ¿no?

–¡No! ¡Es algo totalmente distinto! La *canción* se llama «*Ways and Means*»: pero eso es sólo lo que se le *llama*.

–Bien. Entonces, ¿cuál *es* la canción? –preguntó Alicia, que a estas alturas se hallaba ya sumida en completa perplejidad.

–A eso iba –dijo el Caballero–. En realidad la canción es «*A-sitting On a Gate*»¹⁵.

La distinción entre lenguaje y metalenguaje aparece ya en la obra de Carroll llevada hasta el delirio.

Por otra parte, la lectura de los ejercicios de lógica que Carroll propone¹⁶ muestra hasta qué punto en los alvéolos de la lógica se pueden alojar las construcciones lingüísticas más alucinantes. El diálogo sin fin de Aquiles y la Tortuga y el furor deductivo de Tío Joe y Tío Jim son ejemplos de lo mismo.

Hemos dicho, sin embargo, que la tensión no sólo se manifiesta en Carroll a través del sometimiento a la lógica, sino también a través de la transgresión de sus leyes.

La revolución industrial condujo en el siglo XIX a la aparición de una reacción romántica, neomedieval. Los espectaculares desarrollos de la lógica en los últimos cien años han provocado el florecimiento de un nuevo romanticismo: el de aquellos que se limitan a afirmar que la lógica es la cárcel del lenguaje y que es necesario practicar la evasión permanente. Se trata de una actitud idealista, desde luego. «La ligera paloma, hendiendo con su libre vuelo el aire, cuya resistencia nota, podría imaginar

que volaría mucho mejor en el espacio vacío.»¹⁷ Hay quien imagina que si no existiera la lógica (¿qué puede querer decir esto?), el lenguaje sería más libre. Hay quien olvida que de un lenguaje libre sólo se puede hablar por respecto a un lenguaje controlado. Sólo por contradicción con un lenguaje obediente puede tener sentido un lenguaje de vacaciones¹⁸, o, mejor aún, un lenguaje en *huelga*. Únicamente desde la lógica como horizonte de cordura se puede entender –se puede «encontrar la gracia de»– un lenguaje demencial. *Violar la lógica es poseerla*.

Así hace Carroll. En el Capítulo I de su *The Game of Logic* nos dice que el mundo contiene muchas cosas y que estas cosas poseen atributos, y que los atributos no pueden existir si no es en las cosas. Los atributos no andan solos. Pues bien: en *Alicia* aparece un gato que se va desvaneciendo poco a poco

empezando por la punta de la cola y terminando por la sonrisa, que permaneció flotando en el aire un rato después de haber desaparecido todo el resto.

«Bien –pensó Alicia–, he visto muchas veces un gato sin sonrisa, pero ¡una sonrisa sin gato! ¡Ésa es la cosa más curiosa que he visto en toda mi vida!»

Pero antes de desaparecer con su sonrisa a la zaga, el gato de Cheshire se había aplicado a demostrar su propia condición de demente mediante la siguiente inferencia:

–¿Cómo sabes que tú estás loco? –preguntó Alicia.

–Para empezar –repuso el gato–, los perros no están locos. ¿De acuerdo?

–Supongo que no –dijo Alicia.

–Bueno, pues entonces –continuó el gato–, observarás que los perros gruñen cuando algo no les gusta, y mueven la cola cuando están contentos. En cambio *yo* gruño cuando estoy contento y muevo la cola cuando me enojo; luego estoy loco¹⁹.

Carroll era, según propia confesión, «primero un inglés y después un conservador». Era notorio su absoluto desinterés por los problemas de la clase obrera inglesa de su tiempo, desinterés tanto más llamativo cuanto que Carroll vivía en el país y en la época en que tales problemas comenzaban a ponerse de manifiesto del modo más tenso. Se ha dicho muchas veces que Charles Dodgson era ante todo un burgués bienpensante en una sociedad tan característicamente convencional como la victoriana. Aceptaba el estado de cosas, la vida monótona y estricta que le impusieron. Por eso buscó descargar su tensión en el mundo de los sueños. Aceptaba la lógica –cosa bastante lógica– y por eso trataba, como hemos visto, de hacerla inteligible y agradable. Eso dice. Pero lo que sus escritos lógicos muestran es otra cosa: la representación de su neurosis, la escenificación de la tensión entre puritanismo y desenfreno a que su vida estuvo sometida.

Por el tiempo en que Carroll comenzó a escribir sus libros de lógica comenzó también a sufrir alucinaciones. Algún romántico podría pensar que entre lo uno y lo otro había una relación de causa efecto. Parece, sin embargo, más razonable pensar que lo uno y lo otro, su neurosis lógico-formal y sus ilusiones ópticas, son efectos de una misma causa: sus inhibiciones. En una ocasión, Irene Barnes, deliciosa actriz de quince años, pasó

una semana con Charles Carroll en un lugar junto al mar. No se puede decir que Carroll haya sacado partido de la situación. Irene relata así su aventura:

Lo recuerdo ahora como un hombre muy delgado, alto, de rostro fresco y juvenil, con el cabello blanco y un aire de extremada pulcritud... Su gran placer –mientras la gente gozaba en el jardín y la luna brillaba en el mar– era enseñarme su juego de lógica²⁰.

2. Acerca del puesto de Lewis Carroll en la historia de la lógica

Que la lógica ha entrado, desde los tiempos más antiguos, en el seguro camino de la ciencia lo prueba el que desde Aristóteles no ha tenido que retroceder un solo paso, a no ser que se quiera considerar como mejoras el despojarla de algunas sutilezas superfluas o el darle una claridad más acabada en la exposición, cosas ambas que más pertenecen a la elegancia que a la seguridad de la ciencia. Es también digno de atención el que tampoco haya podido dar hasta ahora ningún paso hacia adelante, de modo que, según toda verosimilitud, parece estar conclusa y perfecta²¹.

Que el aserto de Kant ha sido ampliamente refutado es algo tan obvio que ni siquiera merece la pena ofrecer pruebas de ello. La lógica ha dado muchos pasos adelante, antes y después de Kant.

Ahora bien: si nos atenemos exclusivamente a sus libros de lógica no podemos decir que Carroll haya contribuido a ese avance. Verdad es que sus intereses eran

tan sólo didácticos. Pero verdad es también que en sus libros de lógica no hay sino «una claridad más acabada en la exposición y un añadido de sutilezas divertidas». Y en ello conviene insistir tanto más cuanto que en nuestro país –por increíble que ello pueda parecer– hay todavía quien piensa que la lógica formal se divide en concepto, juicio y raciocinio. No vaya a ser que alguien piense que la lógica de Carroll es toda la lógica.

Sabido es que durante muchos siglos la lógica «oficial» –a pesar de los estoicos, a pesar de los lógicos del siglo XIV, a pesar de Leibniz, a pesar de muchos otros– ha sido la silogística aristotélica. O –para ser más exactos y no ofender la memoria de Aristóteles– una silogística aristotélica empobrecida y petrificada. Una lógica que estudia sólo diecinueve silogismos es una lógica canija. Una lógica que estudia sólo diecinueve silogismos y pretende encima que se trata de las únicas formas posibles de razonamiento deductivo es una lógica ridícula. Hoy sabemos que en la mente humana hay muchas más posibilidades deductivas que las que han podido soñar los embalsamadores de Aristóteles. A partir del siglo XIX la lógica ha experimentado un progreso acelerado que ha convertido la silogística aristotélica en un pequeño conjunto de teoremas de la lógica cuantificacional de primer orden monádica (o de la lógica de clases, a elegir). Esto no quita genialidad a Aristóteles, pero en cambio quita la razón a quienes le han hecho el menguado favor de proclamarse discípulos suyos. Todo lo que había de propiamente lógico en la lógica escolástica ha quedado incorporado, como unas gotas de agua en un mar, a la lógica en su forma actual. El resto es metafísica o psicología, lo cual no